



LA RAMA DE CIPRÉS.

Nada más natural, nada más en armonía con las prácticas de la religión cristiana, que dedicar un recuerdo cariñoso á los seres más queridos de nuestro corazón visitando los cementerios.

Es una tarde nebulosa y fría del mes de Octubre. Al pié de una pobre sepultura llora amargamente una mujer, y en su rostro se ven marcadas señales del profundo dolor que llena su alma y que han amortiguado la expresión de sus ojos negros y encanecido su cabellera de azabache. Sola está en el cementerio: la tarde por demás encapotada, el frío que domina, el fuerte viento que cimbrea y desgaja los cipreses, único adorno de aquel solitario asilo de los que existieron y duermen el sueño de la muerte, disculpa que se vea tan solitario el

lugar del eterno reposo. ¿Quién es aquella mujer? ¿Y qué sér encierra aquella losa funeraria? ¡Ah! Es el sepulcro de un hijo; un hijo á quien amó como aman las madres y cuyo cariño creyó correspondido.

Luis, hijo de una familia, si no opulenta, bien acomodada, estaba dotado de un carácter tan dócil, que la menor indicación de cualquiera se convertía para él en un mandato; sus padres satisfacían sus menores caprichos apenas eran expresados, y Luis era feliz, completamente feliz durante sus primeros años. Pasemos por alto sus primeros estudios, y entremos de lleno en la época que le condujo á causar la muerte de su padre, á consecuencia de la ruina á que precipitaron á éste los extravíos del heredero de su apellido.

Luis pasó de la primera á la segunda enseñanza; contaba diez años: los primeros cursos en nada variaron las buenas inclinaciones del ya adolescente y ántes niño; pero su ingreso en carrera le perjudicó por completo. Debido al temor que le inspiraron algunos compañeros, intentó hacerse su amigo, lográndolo fácilmente, pues sabido es que al rico nunca le falta compañía. Los nuevos amigos distrajerón á Luis del estudio; le llevaron al billar, en vez de la cátedra; le enseñaron el mundo por su parte alegre, y no por la que á penetrar la reflexion es todo negro y triste; y Luis, dócil, se dejó conducir y olvidó consejos de sus padres, que algo notaron por la intranquilidad de Luis y temieron aún más, dadas las condiciones de su carácter.

Luis, en efecto, perdió consecutivamente tres años: sus libros desaparecieron, y todo el dinero de su padre era poco para satisfacer sus vicios. Negado por su padre, pidió dinero á nombre de éste, y aquél se vió obligado á pagar cantidades que no poseía. ¡Golpe tan rudo condujo al sepulcro al buen anciano! Comprendiendo Luis entónces toda la enormidad de su mala conducta, juró á su madre vivir por ella y para ella, mitigando así el dolor de la viudez; pero sabido es que «quien malas mañas ha, tarde ó nunca las pierde.»

Pasados los primeros meses en que el peso del crimen le tuvo anodado, volvió á sentir la sed embriagadora de placeres; sus amigos vencieron, y Luis, á los diez y seis años de edad, y uno despues de la muerte de su padre, abandonó á su madre é ingresó en el ejército, donde le dijeron se hallaba su porvenir. Ni lágrimas, ni súplicas, ni amenazas de la pobre viuda le hicieron desistir de aquel propósito, y Luis marchó á la guerra, donde fué herido mortalmente y despues conducido al lado de su desdichada madre, que le vió morir y que le perdonó en la última hora. ¡Era madre! El principio de nuestra historia comienza á los pocos dias de su muerte. La madre murmura entre sollozos: «Luis, tú me arrebataste lo que más amaba, me sumiste en la miseria, despreciaste mis consejos; todo te lo perdona tu madre, y te desea el perdon de Dios.» Y arrancando una rama del ciprés más próximo, colocó en forma de cruz dos pequeñas ramas del mismo. Besó la losa y salió del cementerio.

Es el inmediato dia de los difuntos; el cementerio, ántes solitario y triste, se ve engalanado, y en él una multitud de personas: al pasar por la tumba de Luis todos murmuran: ¡Qué pobre! Y sin embargo, aquella rama de ciprés vale un mundo: ¡es el perdon de una madre!

G. S. DE NEIRA.

PERLAS Y AVELLANAS.

CUENTO ORIENTAL.

Muley Hazem por el desierto cruza,
Rojas las nubes son, fuego la arena,
Y muerto de hambre y de fatiga, el moro
Junto á una palma llega.

Restos de alguna caravana errante
Que por allí pasó, loco contempla,
Y algo que alivie el torcedor del hambre
Busca y no encuentra.

En torno gira los ardientes ojos,
Descubre un saco, rápido lo observa,
Y creyéndole lleno de avellanas
A desatarlo empieza.

¡Alá es grandel decia, y cuando el fruto
Que él esperaba por el suelo rueda,
Exclamó con dolor:—¡No hay avellanas!
¡Sólo son perlas!

LUIS RIVERA.

GEMMA CUNIBERTI.

Una niña maravillosa, un verdadero prodigio artístico llena el teatro de la Comedia cuantas noches se presenta en su escenario. El drama, la tragedia, la comedia... todos los géneros, en una palabra, de la poesía dramática tienen en la tierna y bellísima niña intérprete inteligentísimo, que se eleva hasta las sublimidades del sentimiento. Gemma Cunniberti, que así se llama la bella niña, cuenta diez años; pero su aspecto delicado y enfermizo y su escaso desarrollo físico hacen que se la suponga todavía menor.

Sus aptitudes para el teatro la llevaron al mismo cuando apenas comenzaba á andar, cuando su lengua no acertaba á reproducir completamente las palabras. El teatro ha sido, pues, su casa y su jar-

din, su escuela y su distraccion: en él ha crecido como planta de estufa, cuidada y protegida; pero sin respirar el aire libre, sin que puedan matizar sus mejillas los rayos del sol.

Las pasiones ficticias han ocupado su corazón ántes que los contentos y los disgustos propios de la edad, y sin conocer el mundo ha presentido sus daños y ha tocado sus pasiones. Su alma, que acaso buscaba la grata expansion de los juegos, se ha visto encarcelada por los dolores, y el llanto ha bañado su rostro infantil, confundiendo acaso el sentimiento verdadero con el fingido.

Al escuchar á Gemma, las manos se juntan en un aplauso espontáneo, la voz prorrumpe en una manifestacion de entusiasmo, y no hay

espectadores que no sientan embargado su acento y húmedos sus ojos por el llanto.

Pero cuando el telon ha bajado por última vez, una profunda tristeza nos acompaña á nuestro pesar. Pensamos acaso en nuestros hijos, que viven sin preocupaciones ni cuidados, con la libertad que tanto les encanta y nos encanta; recordamos que si en algun momento el punto de *crochet* enoja á las niñas ó las conjugaciones gramaticales preocupan á los muchachos, bien pronto se entregan de nuevo á su habitual alegría y á los juegos que son tan necesarios en sus años.

Otro pensamiento de diferente índole reemplaza al primero:—¡Cómo! exclamamos interiormente, ¿será posible que la legislacion prohíba que las criaturas trabajen en la gimnasia, porque su cuerpo se expone, y autoriza que así se triture el alma de una criatura, que sufre sus propios dolores y los de los personajes de los dramas que representa? ¡Cómo! ¿Hay poetas que escriben obras, complaciéndose en crear para Gemma violentas pasiones; hay familia que alquila aquel corazon y aquella inteligencia por un puñado de plata, y empresas que llaman

al público para que contribuya á que una naturaleza se vicie, á que un organismo se altere, á que un corazon se rompa y un alma penetre en los secretos terribles de problemas de muerte?

¿Quien no lo recuerda? Aquí, aunque en escala más reducida, hemos tenido tambien criaturas de extraordinaria precocidad: á la niña Tirado en el teatro, al niño Cao en la poesía, al niño Utrera en la pintura... Llenaron en brevísimo período de tiempo la tarea de toda una vida, y su vida terminó al dar fin á la tarea.

Guarde el cielo á la actriz italiana de señalar un nombre más en este martirologio de la precocidad infantil; pero si su amante familia la desea conservar para su cariño, inspírese en su propio corazon y acuda á la ciencia; pero dispuesta á cumplir sus preceptos, en cualquier caso de duda.

No olvide que hay aplausos que matan, como hay rudezas salvadoras: si mi lenguaje es duro, tal vez oculta beneficios que no pueden suplir seguramente todos los triunfos efimeros de un escenario ni todas las ganancias del arte.

M. OSSORIO Y BERNARD.





CÉRES.

La mitología es un estudio que se encuentra muy poco extendido en la educación de los niños á pesar de lo importante y curioso que resulta. La personificación de las ciencias, de las artes, de la industria, comercio, aire, agua, en fin de casi todo lo que existe, constituía una parte importantísima de la educación que á los hijos de los señores de la antigüedad, principalmente griegos y romanos, se les comunicaba, contribuyendo esto no poco al culto que á las divinidades y héroes se tributaba, viniendo de aquí en gran parte la religion idólatra que aquellos pueblos profesaban. Una de las figuras más agradables del mundo mitológico es la diosa Céres, hija de Cibeles y Saturno, protectora del trigo y en general de todos los cereales, por quien tal nombre toman: antiguamente se daba el nombre de cereales á unas

fiestas en honor de Céres que duraban ocho dias, á contar desde el 12 de Abril de las Circenses, fiestas en las que se arrojaban al pueblo nueces, garbanzos y otras frutas, y se recuerdan en medallas de la familia Munia. Céres tuvo de Júpiter una hija llamada Proserpina, que fué robada por Pluton; recorrió despues toda la tierra en su busca, sucediéndola en sus viajes muchas maravillosas aventuras, sabiendo por la ninfa Aretusa la suerte de su hija, escena que era representada en los *Cereales* por las matronas vestidas de blanco y con una tea encendida en la mano. Céres era adorada principalmente en Atica y Sicilia, instituyendo en su honor en Eleusis misteriosas fiestas que se han hecho célebres. Así como cada divinidad tiene un atributo especial, Céres es representada con corona de espigas y con una hoz en la mano.

¡QUÉ BUENA ES MI ABUELA!

—Abuela del alma,
Yo me encuentro enferma;
No voy al colegio
Porque la maestra
Me llama holgazana,
Me riñe y me pega.
—¿Te riñe? ¡qué infame!
Pegar á mi nieta...
No vas al colegio.
—*¡Qué buena es mi abuela!*

—Abuela, abuelita;
Mamá no me deja
Ponerme el vestido
De adornos de seda;
Dice que lo mancho
Y que se estropea...
—Pues ponte el vestido
Y no llores, ¡eal
¡Vaya con tu madre!
—*¡Qué buena es mi abuela!*

—Abuelita mía,
Llévame á la feria.
—No puedo moverme,
Mi querida nieta.
—Abuela, que lloro.
—Calla, rapazuela,
Tu llanto me mata;
Vamos donde quieras,
Y voy á comprarte...
—*¡Qué buena es mi abuela!*

—Abuelita, he visto
Que hay en la dispensa
Natillas, compota,
Naranjas y fresa;
Mi madre no quiere
Darme nada, abuela.
—Te puede hacer daño.
—Pues yo quiero fresa.
—Bueno, pues no llores.
—*¡Qué buena es mi abuela!*

—La niña está mala,
—¿Pues de qué se queja?
—Dice que la duele
Mucho la cabeza.
—Dios mio, salvadla.
Mi vida por ella,
Que la quiero mucho.
¡Que no se me muera!
—Delira y exclama:
—*¡Qué buena es mi abuela!*

—Si me quiere mucho...
—¿Qué razon es esal
—Hago lo que quiere.
—Ahora sí que acierta.
—¿Qué mal hay en ello?
—Que la niña enferma
Con las golosinas
Que la da su abuela.
—¿De veras? Prometo
No ser ya tan buena.

S. OLMEDO Y ESTRADA.

EL LUJO ESPAÑOL EN EL SIGLO XVII.

Mr. Baudrillart nos cuenta en su *Historia del lujo*, las extravagancias del nuestro en los siglos de mayor poderío. Una de las manifestaciones más costosas de la ostentación de nuestros magnates consistía en las vajillas de oro y plata,

y aún se observa en las familias nobles y ricas, sobre todo en provincias, restos de esta vanidad... que sobrevive á las vajillas mismas.

Cuando murió el duque de Albuquerque se tardó seis semanas en el inventario de sus vajillas de oro

y plata. ¡Tenía 1.400 docenas de platos, 750 fuentes, entre grandes y pequeñas, y todo de plata!

El duque de Alba se creía pobre en materia de vajilla, porque sólo tenía 600 docenas de platos y 800 fuentes, de plata todo también.

Como el dinero no tenía las colocaciones que hoy le hacen tan fecundo, se prefería á todo conservar los metales preciosos en su forma, ó bien en escudos, guardados en

cofres y hasta escondidos en secretos lugares. El duque de Frias dejó á sus tres hijas 600.000 escudos. Se cerraron en sendos cofres. La mayor de las hijas tenía siete años, y los tutores no abrieron su cofre hasta el día en que entregaron las llaves al marido.

Esto no es nada *económico*, pero tiene su grandeza. Por lo ménos la grandeza de 600.000 escudos.

X.

ACTUALIDADES.

Se han repartido las entregas 137 á 140 de la edicion ilustrada de los *Episodios Nacionales* de D. Benito Perez Galdós. Sigue en publicacion el episodio *Zaragoza* con excelentes láminas de los Sres. Méli-da y Lizcano.

*
* *

Acompaña á este número el pliego 33 de la *Biografía de artistas españoles del siglo XIX*.

*
* *

Concluidas las representaciones del popular drama *D. Juan Tenorio* se ha puesto en escena en el elegante teatro Español la linda comedia de Ceferino Palencia *Carrera de obstáculos*, en cuyo desempeño se distinguen notablemente la actriz Doña Mercedes García y los Sres. Calvo (D. Ricardo) y Rosell. La concurrencia, como siempre, escogida y numerosa.

En la noche del miércoles se estrenó el drama *El celoso de sí mismo*, original del distinguido escritor D. Valentin Gomez y que, aun careciendo de novedad, tiene situaciones de gran efecto, desarrollada en excelentes versos. En esta obra han demostrado nuevamente los hermanos Cal-

vo todo lo que valen, y las Sras. Contreras y Campini todo lo que prometen.

*
* *

Apolo sufrió en la semana última un fracaso: el drama de autor desconocido *El círculo de hierro* duerme ya en el olvido, anunciándose en cambio el próximo estreno del que se titula *La moderna idolatría*.

*
* *

El Planeta Venus, zarzuela fantástica de Ventura de la Vega y Arrieta, ha vuelto á ser puesta en escena, despues de muchos años que no figuraba en los carteles, en el teatro de la calle de Jovellanos. Como obra de espectáculo carece de gran interés y por completo de verosimilitud, pero no la falta gracia: la música agradable, el decorado, atrezzo y vestuario por demás lujosos, y sobre todo lo excelente de su interpretacion hacen que la obra se oiga con gusto.

*
* *

Lara, Variedades y Martin concurrirán: en el segundo se han estrenado dos juguetes, *Dar la hora* y *La copa de anargura*, y en el tercero *Fuera de la ley* y *El*

Marqués de la Viruta, todas ellas alcanzaron excelente éxito siendo llamados los autores al palco escénico.

*
* *

Presidido por el Sr. D. Ramon Torres Muñoz de Luna, catedrático de la Facultad de medicina, se verificó el domingo último en el Colegio de Escolapios de San Fernando el solemne acto de la distribución anual de premios á los alumnos internos y externos del mismo establecimiento.

Sobre las palabras de la Escritura *Initium sapientiam timor Domini* hizo el señor Rector del Colegio un discurso bellissimo é interesante en la forma y en el fondo, que daría materia abundantísima para llenar,

y con provecho, gran número de cuartillas. Las poesías *La ciencia y la fe*, del P. Casado, y *Los males de la guerra*, del P. Real, arrancaron unánimes y nutridísimos aplausos al inteligente concurso que llenaba el local destinado á la distribución.

La improvisación final del Sr. Torres Muñoz, fué excelente.

*
* *

Ha fallecido en Santander el Sr. Don Manuel María Blanco, cuyo amor á la enseñanza se comprueba por el hecho de haber legado en su testamento 120 000 pesetas para la fundación de una escuela de niños en un pueblo de la misma provincia.



Con el frío y el calor,
Con sol, con agua y con nieve,
El tiempo se le hace breve
A todo buen pescador.

Pues sólo fija su anhelo,
Sin lograrlo muchas veces,
En ver cómo van los peces
A morir en el anzuelo.

Y así se le pasa el día
Un rato, tras otro rato,
Y una vez pesca un zapato
Y otras... una pulmonía.